

quirían conocimiento de la ruina del ejército de Blake y del marqués de Belveder con tanta emoción y sorpresa como si aquel acontecimiento hubiese dependido de otras leyes que las naturales.

No procedía la junta enteramente como esos cobardes soldados que asesinan á sus propios oficiales en su huída acusándolos de traidores (de lo cual veremos en breve nuevos y atroces ejemplos); pero sí se dejaba arrastrar por sentimientos en cierto modo semejantes, destituyendo sin piedad á los generales vencidos. En un consejo que celebró, tumultuoso y desordenado como todas sus reuniones, declaró indigno del mando y destituyó en pago de su leal adhesión al general Blake, que era, sin embargo, el mejor de todos los oficiales del ejército de Galicia. Otro tanto hizo con el afortunado vencedor de Bailén, que era el más sesudo y entendido de todos los generales españoles, alegando por pretexto su poca resolución, sólo porque contrastaba las descabelladas proposiciones de los hermanos Palafox. No era verdaderamente Castaños el más atrevido de los generales españoles; pero tenía un claro conocimiento de la situación y creía que con avanzar sobre el Ebro, como se había decidido, sólo se lograría una abundante cosecha de reveses. Conociendo cuán poderosos eran en el Ebro los franceses, tan poco formidables en el Guadalquivir, quería hacerles la guerra, así en las provincias meridionales como en las marítimas, utilizando los obstáculos del clima, de las distancias y de los auxilios de la Inglaterra, y censuraba altamente el género de guerra que le obligaban á hacer, con dos divisiones de Andalucía, fuerza escasa aunque no mala, y unas cuantas gavillas de paisanos y estudiantes díscolos, contra los primeros ejércitos de Europa. Para todos los planes de la junta central, fundados en la más ciega presunción, tenía él objeciones muy plausibles; así que el molesto opositor empezaba ya á perder su gloria y su valimiento por querer tener más seso que sus compatriotas. Ya entre el ejército y en Aranjuez cundía el rumor de que en las filas españolas había una porción de traidores, siendo Castaños el que más merecía ser vigilado. Las cartas interceptadas por nuestros cuerpos avanzados estaban llenas de estos calumniosos asertos. Fué su resultado destituir del mando á un mismo tiempo á los generales Castaños y Blake, confiriéndoselo á uno solo, que fué el marqués de la Romana, favorito afortunado de la demagogia española, prófugo de Dinamarca. Excelente institución hubiera sido por cierto aquel mando único si hubiese habido un militar español capaz de desempeñarlo; de todas maneras, atendido el estado actual de los ejércitos sublevados, Castaños era el único digno de entrar á la prueba. Pero la victoria de Bailén le daba envidiosos, su buen seso le hacía enemigos, y el extravagante marqués de la Romana, entregado á sus fantásticos planes, simpático por cierta especie de exaltación novelesca, célebre por una fuga que tenía visos de maravillosa, grato á todos los envidiosos porque aún no había ganado batallas y extraño á todos los rencores por haber vivido en lejano apartamiento, fué elegido para el mando de los ejércitos de Blake y Castaños reunidos. Érale, sin embargo, enteramente imposible desempeñar ambos mandos, porque se había visto precisado á refugiarse en León después de una penosísima y larga marcha por montañas cubiertas de nieve,

con siete ú ocho mil fugitivos, que no obstante esperaba reunir y aumentar hasta el número de quince ó veinte mil. Hallándose, pues, en León, á más de cien leguas de Tudela, no estaba en situación de mandar el centro y la derecha, por lo cual tuvo Castaños que conservar interinamente el mando. Acababa de ser nombrado director de los negocios militares de la junta aquel pérfido y arrogante D. Tomás de Morla, antiguo capitán general de Cádiz, tan ominoso á los franceses después de la rota de Bailén, y éste era el llamado á restablecer la armonía entre los generales españoles y principalmente entre los españoles y los ingleses que iban á entrar en línea.

Empleado que hubo Napoleón los días 15, 16 y 17 de noviembre en reunir noticias de sus diversos cuerpos, y seguro según ellas de que el mariscal Soult había entrado en Santander sin obstáculo, el mariscal Lefebvre se hallaba establecido en Carrión, el mariscal Víctor estaba marchando sobre Burgos y el mariscal Ney por fin acababa de llegar á Aranda, por detrás de la caballería francesa, dió orden á este último para que saliese el 18 de Aranda, se encaminase á San Esteban y desde allí á Almazán. Mandóle que ya establecido allí, vigilase con atención á Soria y Calatayud por si Castaños retrogradaba, y para saber si había de tomar el camino de Pamplona á Madrid que pasa por Soria, ó el de Zaragoza á Madrid que pasa por Calatayud, para poderse hallar el 22 ó el 23 á espaldas del ejército español, porque en uno de aquellos dos mismos días debía Lannes con treinta mil hombres embestirle con todo ímpetu, como sabía y tenía costumbre de hacerlo, en cualquiera de aquellas dos direcciones. Las instrucciones eran tan precisas como podían serlo atendidas las localidades y las circunstancias. Aquel mismo día hizo Napoleón salir á Lannes, que apenas podía tenerse á caballo, mandándole trasladarse á Logroño, juntar allí la infantería de la división de Lagrange y la caballería de los generales Colbert y Dijeón con las tropas del mariscal Moncey, caer con veinticuatro mil infantes, dos mil artilleros y cuatro mil jinetes sobre Castaños y Palafox, y repelerlos contra las bayonetas del mariscal Ney.

Empezaron los dos mariscales á poner inmediatamente por obra el movimiento que se les había prescrito. El mariscal Ney salió de Aranda el 19, llegó aquel mismo día por la noche á San Esteban y el 20 á Berlanga. La dificultad de marchar con descubiertas, ya de suyo grande en España en todas ocasiones, era aún mayor al dejar la carretera de Madrid y al internarse en la tierra montuosa de Soria por la sierra que se alza intermedia entre los Pirineos y el Guadarrama. Había que tomar aquellas montañas por su recuesto para ir á caer sobre el Ebro y coger á Castaños por la espalda. Forzoso era que al penetrar en un país como aquel tan poco conocido y donde naturalmente dominaban con más energía las antiguas costumbres españolas, encontrase el mariscal Ney un pueblo más hostil y zahareño y se viese expuesto á engaños más que en cualquiera otra tierra. Los habitantes le huían y dejaban al ejército francés abandonado á lo que podía robar, sin tratar de permanecer en sus hogares para evitar sus destrozos facilitándole lo necesario para vivir. Los que se quedaban, que eran muy contados, hablaban con énfasis de

los ejércitos de Castaños y Palafox, que pasaban según unos de sesenta mil y según otros de ochenta mil combatientes. Cada cual en sus relaciones les daba un cuartel general diferente. Nada se decía de si Castaños se replegaría sobre Madrid, y si, en caso de retirarse hacia la capital pasaría por Soria ó por Calatayud. Napoleón en sus instrucciones había admitido como posibles ambas hipótesis, y el mariscal Ney era presa de una extrema incertidumbre. Con las divisiones de Marchand y Dessoles apenas contaba más de trece ó catorce mil hombres, y á pesar de la grande intrepidez de que había hecho alarde en Guttstadt haciendo frente á sesenta mil rusos con solos quince mil franceses, no acertaba á reconocer si en realidad se hallaba sobre la verdadera línea de retirada de Castaños, ni si era de temer que Castaños y Palafox, replegándose juntos antes de ser batidos, se le presentasen con sesenta ú ochenta mil hombres poniéndole en un verdadero aprieto. Iba, pues, marchando á pasos contados, reconociendo atentamente el camino y pidiendo al cuartel general las noticias que no le era dado adquirir en los puntos que atravesaba. Hallábase el 21 en Soria con una de sus divisiones esperando para el siguiente día la segunda, á la cual había mandado hacer un rodeo por la derecha para proporcionarse nuevas de la parte de Calatayud: vacilaba el intrépido mariscal por la primera vez en su vida, todo sobrecogido y confuso con los diversos rumores que iban llegando á sus oídos en aquel país, asiento de la ignorancia, de la exageración y de las aventuras; pero el tiempo apremiaba, porque para el 22 ó el 23 debían las tropas francesas del Ebro venir á las manos con Castaños y Palafox.

El mariscal Lannes por su parte, montando á caballo antes de hallarse enteramente restablecido, había salido de Burgos el 19 y llegaba por la noche á Logroño. Había dado orden á la división de Lagrange, á la caballería del general Colbert y á la brigada de dragones del general Dijeón de que invirtiesen el día 20 en concentrarse sobre Logroño, pasasen el Ebro el 21 de madrugada y bajasen por su orilla derecha hasta situarse enfrente de Lodosa, por donde debía desembocar el mariscal Moncey, momentáneamente empleado bajo sus órdenes, y le mandó estar dispuesto el 21 por la noche á pasar el puente de Lodosa para verificar su anexión con las tropas del general Lagrange.

Puntualmente se habían cumplimentado las instrucciones del mariscal Lannes, y el 21 por la noche, habiendo el general Lagrange bajado por la orilla derecha del Ebro, llegó á ponerse enfrente de Lodosa, de donde desembocaba el cuerpo de Moncey. Reunía éste unos veintiocho ó veintinueve mil hombres entre infantes y jinetes. El mariscal Lannes había puesto toda su caballería, compuesta de lanceros polacos, coraceros y dragones provisionales, caballos ligeros que había conducido el general Colbert y dragones veteranos que llevaba de lo interior de Alemania el general Dijeón, bajo el mando del bizarro Lefebvre Desnoettes. La infantería se componía de la división Lagrange, antigua división de Bissón, de los bisoños del cuerpo de Moncey, á quienes se habían agregado después los regimientos 14 y 44 de línea y las legiones del Vístula. Los bisoños se habían hecho dignos de alternar con los veteranos, aunque carecían de buenos oficiales como todos los

cuerpos de creación reciente, cuyos cuadros se forman con oficiales retirados. Hízoles Lannes pasar la noche á campo raso, á fin de emprender la marcha desde la madrugada siguiente, y cada soldado llevaba pan para cuatro días.

En efecto, al día siguiente (22 de noviembre) comenzó la marcha por la orilla derecha del Ebro hacia Calahorra. Iba Lannes á la cabeza con Lefebvre Desnoettes, seguidos por los lanceros polacos, que tan formidables se habían hecho á los españoles. Al llegar á vista de Calahorra divisó á los españoles que iban de retirada sobre Alfaro y Tudela, donde parecía natural encontrarlos en posición al día siguiente. Mandó Lannes acelerar el paso, y aquella misma noche fué á dormir á Alfaro, pues no era posible andar más en un solo día. Por lo demás, bien se podía, saliendo de Alfaro al día siguiente de madrugada, llegar temprano á Tudela y dar la batalla. Las divisiones de Maurice Mathieu, Musnier y Grandjeán, ocupaban la izquierda á lo largo del Ebro; las de Morlot y Lagrange ocupaban la derecha é hicieron noche en Corella; la caballería iba precediendo á la infantería durante la marcha.

Al otro día (23) mandó Lannes encaminarse á Tudela desde las tres de la mañana, y para no perder tiempo partió al galope con Lefebvre y los lanceros polacos, deseoso de anticiparse á sus tropas y de reconocer la posición para el caso en que el enemigo se detuviese á pelear.

Habían disputado largo tiempo los generales españoles sobre el plan que debía seguirse. Palafox quería tomar la ofensiva en Navarra; Castaños por el contrario no quería pasar el Ebro, y hasta llegó á decir que era preferible retroceder é internarse en España para evitar los encuentros generales con los franceses. Sorprendióles en esta controversia el movimiento ejecutado por Lannes, y viéronse forzados á admitir el combate cediendo al clamor del populacho que los tildaba de traidores. En tal disposición se hallaban, que era llegado el día 23, y los aragoneses que mandaba O'Neil aún no habían repasado el Ebro en Tudela, y entre el ala derecha que formaban éstos y la extremidad del ala izquierda formada por los andaluces, había una distancia de cerca de tres leguas. Apresuróse Castaños á formarlos todos en batalla en las eminencias que dominan á Tudela y que van disminuyendo hasta las cercanías de Cascante por entre dilatados olivares.

Llegado que hubo Lannes al frente de aquella posición, advirtió hacia su izquierda, en las alturas que preceden á Tudela y cerca del Ebro, un enjambre de españoles: eran los aragoneses que acababan de pasar el río con numerosa artillería. Divisó en el centro, sobre unas colinas menos elevadas y protegida por un espeso olivar, otra masa enemiga, que eran los valencianos, los murcianos y los castellanos. Mucho más lejos aún y á la derecha, hacia Cascante, distinguíase por la llanura otro cuerpo más, que eran las divisiones de Andalucía mandadas por La Peña y Grimarest, que aún no habían entrado en línea. Podían ascender todas aquellas fuerzas á unos cuarenta mil hombres.

Resolvió Lannes inmediatamente tomar á viva fuerza las alturas de la izquierda, y después, cuando ya estuviese á punto de lograrlo, embestir contra el centro del enemigo y dejarse caer en seguida á la derecha, sobre



la parte del ejército español que se divisaba hacia Cascante, y contra la cual se proponía dirigir su retaguardia formada por la división de Lagrange que había quedado considerablemente rezagada.

Llevó al punto la división Maurice-Mathieu, que era una de las mejor compuestas y mejor mandadas, á las alturas de la izquierda que apoyaban en el Ebro, y dejó de reserva las divisiones de Musnier, Grandjeán y Morlot para operar contra el centro cuando fuese sazón. Estaba la caballería desplegada por la llanura, haciendo parte de ella frente á la derecha para contener al ala izquierda del enemigo hacia Cascante y dar tiempo á la división de Lagrange de llegar á la línea.

Precedidos por un batallón de escaramuceadores, avanzaron los generales Maurice-Mathieu y Habert á la cabeza de un regimiento del Vístula y del 14 de línea, antiguo regimiento de Eylau, para el cual eran las acciones con los españoles cosa poco imponente. Había mandado Lannes que no se empeñase demasiado el fuego de fusilería contra un enemigo que era superior en número y tenía todas las ventajas de la posición; de modo que, así que los escaramuceadores obligaron á los españoles á replegarse sobre las alturas de la izquierda, los generales Maurice-Mathieu y Habert formaron en columnas de ataque y empezaron á preparar. Los aragoneses, como más valientes y susceptibles de entusiasmo que los de las otras provincias y también más comprometidos á portarse bien por sus anteriores hechos, tenían forzosamente que sostener la embestida, y en efecto la sostuvieron con cierto encarnizamiento. Después de haber hecho jugar con acierto su artillería contra los franceses, les disputaron una tras otra todas las elevaciones y les hicieron gran destrozo; pero la división de Maurice-Mathieu, que se hallaba fuertemente sostenida, les obligó á replegarse hacia Tudela después de una lid de dos horas. Cuando echó de ver Lannes que ya la acción no se presentaba dudosa por aquella parte, envió la división de Morlot que acababa de entrar en batalla, y haciendo que la apoyase la división de Grandjeán, las impelió ambas contra el centro de los españoles, que como dejamos dicho se componía de valencianos, murcianos y castellanos. Los obstáculos del terreno, que eran numerosos, dieron bastante que hacer á la división de Morlot, la cual, compuesta en su mayor parte de gente joven y ardorosa, los venció sin embargo, y aunque con pérdida de trescientos ó cuatrocientos hombres, repelió á los españoles contra Tudela, donde el general Maurice-Mathieu tenía orden de entrar.

Hízose entonces general la derrota, porque arrojados los españoles por las divisiones de Maurice-Mathieu y de Morlot de las alturas que circuyen á Tudela hacia la ciudad misma y la vasta llanura poblada de olivos que á la parte opuesta se extiende, se dieron á huir con espantoso desorden, dejando el campo lleno de muertos y heridos, muchos más prisioneros que de costumbre y toda su artillería con un inmenso parque de municiones y bagajes (1).

(1) Reconocida la parcialidad del historiador francés, parecía casi excusado decir que tampoco en la relación de esta batalla están conformes con él nuestros historiadores. Es bueno no obstante advertirlo para que los que la hubieran de leer desprevenidos acudan á rectificar su juicio á la historia del conde de Toreno,

Eran las tres de la tarde y mandó Lannes al mariscal Moncey seguir el alcance de los españoles por el camino de Zaragoza con las divisiones de Maurice-Mathieu y Morlot y Grandjeán, la caballería ligera de Colbert y los lanceros polacos al mando del general Le-febvre-Desnoettes. Pasando esta caballería por el rompimiento del centro entre Tudela y Cascante, se lanzó al galope en pos de los fugitivos por todas las sendas que encontró en los olivares que rodean Zaragoza, y Lannes se quedó con la división de Musnier y los dragones para hacer rostro á la izquierda de los españoles, compuesta de tropas de la Peña que á lo lejos por el lado de Cascante se divisaban.

Arrebatado Castaños por la derrota no había podido incorporarse á su izquierda. Hallábase en ella solo la Peña con una masa formidable de artillería, que era la misma que en Bailén había sorprendido á Dupont por la espalda, y que se pavoneaba con toda la gloria de aquella jornada sin haberla merecido. Púsole en línea partiendo de Cascante hacia Tudela, en una llanura donde podía maniobrar perfectamente la caballería: hizo embestir Lannes por los dragones de la brigada de Dijeón, y éstos, con una serie de impetuosas cargas, la contuvieron mientras llegaba la división de Lagrange, que aún no había entrado en acción. Llegó ésta por fin á una hora muy avanzada, y dispuesta por su general en escalones muy próximos entre sí, avanzó resueltamente al ataque de Cascante. Conducía el mismo Lagrange en persona al 15 ligero, que formaba el primer escalón. No era para los veteranos de Friedland caso dificultoso el habérselas con los llamados vencedores de Bailén. Marchó el 25 á la bayoneta sobre Cascante, deshizo la división de la Peña y la repelió contra Borja á la derecha del camino de Zaragoza. Lagrange recibió un balazo en un brazo cargando á la cabeza de su división.

Puso término la noche á aquella sangrienta batalla, que no ofrecía más aspecto por todos lados que el de una inmensa derrota. Los aragoneses quedaban repelidos sobre Zaragoza, los andaluces sobre Borja y camino de Calatayud. No podía menos de ser divergente su retirada, aun cuando después del común descalabro sufrido no hubiesen propendido á dividirse los generales españoles, siempre discordes en sus pareceres. Ganamos nosotros en aquella jornada cerca de cuarenta bocas de fuego, hicimos tres mil prisioneros, casi todos heridos, porque sólo acuchillándolos conseguía detenerlos en su fuga la caballería, y además les dejamos en el campo de batalla otros dos mil hombres entre muertos y moribundos. El resultado principal, lo mismo que en Espinosa, era la dispersión. Muchos días después estuvo nuestra caballería haciendo prisioneros á sablazos.

A la mañana siguiente volvió á enfermar Lannes de resultados de una fatiga que no se hallaba en estado de soportar, y encargó al mariscal Moncey que siguiese el alcance á los aragoneses camino de Zaragoza con las divisiones de Maurice-Mathieu, Morlot, Grandjeán y

tantas veces citada, donde verán que la jornada de Tudela nos fué hasta las tres de la tarde propicia á los españoles y muy costosa al general francés Maurice-Mathieu, para quien supone Mr. Thiers con ridícula jactancia que eran *cosa poco imponente* los encuentros con los españoles. (N. del T.)

parte de la caballería. Confió la división de Lagrange, por haber salido herido éste, al valiente Maurice-Mathieu, agregó la división de Musnier, los dragones y los lanceros polacos, y mandó á estas tropas, puestas bajo el mando superior del general Maurice-Mathieu, que persiguiesen á Castaños sin descanso hacia Calatayud y Sigüenza, por el camino de Zaragoza á Madrid. En cuanto á los andaluces, aunque nada sabía de la marcha del mariscal Ney, esperaba que tropezarían con él en su huida y expiarían bajo sus filos la jactancia de la jornada de Bailén.

Desgraciadamente el mariscal Ney, en la incertidumbre en que estaba, no sabiendo por qué camino avanzar, si por el de Soria á Tudela ó por el de Soria á Calatayud y mientras recibía del cuartel general órdenes ulteriores que nunca llegaban, no sólo había pasado en Soria el día 22 para reunir sus dos divisiones, sino también los días 23 y 24 esperando noticias y hasta el 25 no se había decidido á marchar sobre Agreda, punto que sólo distaba una jornada de Cascante. Con sólo que hubiese emprendido su marcha el 13 por la mañana, habría podido ponerse aquella misma noche ó á la madrugada siguiente á espaldas del ejército de Castaños. Pero las instrucciones del cuartel general, aunque muy explícitas, le habían dejado una latitud excesiva, y las noticias que últimamente había reunido en Soria acerca de la fuerza que llevaba Castaños le tenían en la mayor confusión. Habíanle dicho (1) que Castaños te-

(1) Citaremos ahora, sobre este hecho importante de la carrera del ilustre mariscal, varias cartas del cuartel general, que prueban el mucho caso que hacía Napoleón de este gran guerrero y la opinión que se formó de las causas de su vacilación. Por ellas se verá en primer lugar que las instrucciones fueron muy explícitas y positivas y sus fechas claramente determinadas; que si al principio pudo haber alguna incertidumbre acerca de los dos caminos de Soria y Calatayud, el día 21 debió cesar enteramente en el cuartel general, donde se señaló terminantemente la villa de Agreda que pertenece al camino de Soria. Es evidente que lo que hizo titubear al mariscal Ney fueron los falsos rumores que en Soria le transmitieron. Pero este hecho tan importante podrá juzgarse mejor por los mismos documentos originales. Añadiremos solamente que no existe el menor vestigio de documento por donde pueda acreditarse la falta atribuida á Ney de haber perdido el tiempo por envidia del mariscal Lannes, si bien no siempre se mostraron nuestros generales en España exentos de esta debilidad. Indudablemente le hubiera á Ney cabido la mayor parte de la victoria á no haberse frustrado su encargo, porque él hubiera hecho prisionero á Castaños. La verdadera causa de su conducta es la que indicó Napoleón, juez irrecusable en estas materias siempre que no cedía al impulso de sus momentáneos arranques, porque además de su infalibilidad en semejantes juicios tenía la ventaja de ver de cerca los acontecimientos, sabía todos los hechos ocurridos y no se dejaba obcecar por ningún miramiento. Los siguientes documentos, hasta ahora inéditos, pondrán al lector en el caso de decidir por sí mismo.

*El mayor general al mariscal Ney, en Aranda.*

*«Burgos, 18 de noviembre de 1808, á mediodía.*

»Manda el emperador que parta usted mañana antes de quebrar el día con sus dos divisiones, toda su artillería, el regimiento 26 de cazadores de á caballo y la brigada de caballería del general Beaumont, que el mariscal Bessieres pondrá á sus órdenes de usted, y que se dirija hacia San Esteban de Gormaz para desde allí encaminarse á Almazán ó Soria, á su elección, según las instrucciones que reciba. En Almazán interceptará usted el camino de Madrid á Pamplona, con lo cual se hallará usted situado á espaldas del general Castaños. Reunirá usted en su marcha, y principalmente en Almazán, las noticias más terminantes que pueda proporcio-

nia ochenta mil hombres, que el mismo Lannes había sido batido, y engañado por aquellos falsos rumores temió esta vez el valiente mariscal ser excesivamente temerario. El 25 de noviembre, después de haber pasado en Soria los días 23 y 24, emprendió su marcha

narse: si averigua usted que el general Castaños va de retirada sobre Madrid, ó que ha dejado á Calahorra ó Alfaro manteniendo en la línea de Zaragoza por Calatayud y Daroca sus comunicaciones con Madrid, su expedición de usted se propondrá por principal objeto someter la ciudad de Soria, que conviene reducir antes de pasar adelante. Para esto marchará usted sobre esa ciudad, y después de desarmada volará usted sus antiguos muros: pondrá usted arrestados á los de la junta de insurrección, formará usted un gobierno compuesto de las personas más reputadas por su honradez, y dirá usted al vecindario que envíe al rey una diputación. Mantendrá usted comunicaciones con el mariscal Lannes, que marcha sobre Calahorra, Alfaro y Tudela con la división de Lagrange, la brigada de Colbert y todo el cuerpo del mariscal Moncey. Dicho mariscal Lannes se dirigirá sobre Lodosa el 21, llegará el 22, se reunirá con el cuerpo del mariscal Moncey, marchará sobre Calahorra, y el 23 sobre Tudela. Usted, señor duque, estará el 21 por la noche en Almazán y el 22 en Soria. El emperador estará para el 21 en Aranda. De este modo el día 23 estarán la izquierda en Calahorra, el centro que usted forma en Almazán ó Soria y la derecha sobre Aranda.»

*El mayor general al mariscal Ney en Almazán.*

*«Burgos, 21 de noviembre de 1808, á las cuatro de la tarde.*

»Los mariscales Lannes y Moncey van á embestir el 22 al enemigo en Calahorra; debe usted, pues, continuar su movimiento sobre Agreda para situarse sobre los flancos del enemigo y verificar su anexión con el mariscal Lannes si es menester.»

*El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.*

*«Aranda, 27 de noviembre de 1808, á las diez de la mañana.*

»Asegúrese que después de la batalla de Tudela se ha retirado el ejército de Aragón á Zaragoza, y que el ejército de Castaños se ha retirado sobre Tarazona, lo que no habría sucedido, pues que hubiera sido hecho todo él prisionero, si usted se hubiese hallado el 23 en Agreda.

»S. M. me manda reiterar á usted la orden de perseguir á Castaños; no le pierda usted de vista, y váyale picando la retirada sin dar descanso á sus soldados hasta quitarle parte de su ejército.

»Desoiga usted los rumores que inventan los naturales. Decían que había en Tudela más de ochenta mil hombres, y no llegaban ni siquiera á cuarenta mil, comprendido el paisaje, y al punto que se han visto acometidos se han dispersado abandonando banderas y cañones. No pueden esos perdidos habérselas con ustedes, ni hay en España tropas que puedan hacer frente á sus divisiones de usted estando usted á su cabeza. No deje usted, pues, descansar á Castaños y quítele usted gente. A esto se reduce sir cometido.»

*El mayor general al mariscal Ney, por Agreda.*

*«Aranda, 28 de noviembre de 1808, á las siete de la noche.*

»Me encarga el emperador que dé á usted la orden de perseguir á Castaños sin punto de reposo. Si se dirige á Madrid sígale usted. Váyale usted siempre á los alcances. El emperador pasa mañana por Somosierra con el proyecto de cortar si puede el ejército de Castaños en Guadalajara. Pero es muy esencial, señor mariscal, que usted le persiga y no se le dé lugar de caer sobre el cuerpo francés que se encamina á Madrid, y que podría tal vez tener que batirse al mismo tiempo con los ingleses, que según noticias se ponen en movimiento. El cuartel general del emperador estará mañana en Boceguillas y pasado mañana en Buitrago. Así, pues, señor duque, el objeto que á usted debe dirigir es, no conquistar, ni defender, ni ocupar un territorio, sino perseguir con ahínco, atacar y destruir al ejército de Castaños, sobre todo si se dirige á Madrid.»



cediendo á las reiteradas instancias del cuartel general, llegó aquella misma noche á Agreda, y el 26 á Tarazona, donde supo por fin con gran pesadumbre el error en que había caído y la excelente ocasión de conseguir un inmenso resultado que acababa de malograr. Sucédale lo que á todos los generales franceses que habían dado crédito á los exagerados informes de los españoles, exageración que Napoleón procuraba con todas sus fuerzas hacerles patente, repitiéndoles que las tropas de la insurrección se componían de *gente perdida* que era absolutamente preciso extirpar; de lo cual les dió pocos días después un memorable ejemplo.

Verificó el mariscal Ney su anexión con Moncey, que había quedado con fuerzas muy escasas de resultas de la separación de las divisiones de Lagrange y Musnier enviadas en persecución de Castaños. Deseoso Ney de que su presencia fuese por lo menos útil en alguna parte, convino con el mariscal Moncey en ayudarle en el sitio de Zaragoza, donde se habían guarecido los hermanos Palafox y los prófugos aragoneses. Entretanto el general Maurice-Mathieu seguía el alcance con tanta

*El mayor general al mariscal Ney, en Guadalajara.*

*Chamartin, 8 de diciembre de 1808.*

»Los ingleses van en precipitada fuga; pero ha habido aquí un momento en que nos hemos visto apurados. Hemos cometido el yerro de haber llegado algo tarde; y usted por su parte ha cometido también el de no haberse atendido al espíritu de sus primeras instrucciones, en las que se le hacía saber que el mariscal Lannes iba á atacar al enemigo el 23, y que usted estaba destinado á cortar y picar la retirada al ejército de Castaños, y por consiguiente á dirigirse velozmente sobre Agreda sin perder dos días en Soria como acaba de hacer.

»S. M. desaprueba que haya usted reunido su cuerpo al del mariscal Moncey; usted debía haber perseguido á Castaños y dejado al duque de Conegliano poner sitio á Zaragoza. No puede comprender el emperador cómo habiendo salido usted de Zaragoza el 2, no ha dejado la división de Dessoles al mariscal Moncey, exponiéndole como le ha expuesto á hacer un movimiento retrógrado. En fin, á lo hecho no hay remedio. S. M. sabe demasiado bien el celo que á usted le anima para abrigar el menor resentimiento, y ya le pondrá á usted en el caso de reparar con usura su involuntaria falta. Ha dudado el emperador si mandaría á la división de Dessoles y á los polacos regresar á Zaragoza para no cansar demasiado sus tropas; pero ha preferido al fin S. M. hacer algunas variaciones en sus proyectos ulteriores, y acabo de mandar al mariscal Mortier que se encamine á Zaragoza.»

*El emperador al mariscal Lannes.*

*Aranda, 27 de noviembre de 1808.*

»Llegó su ayudante de usted ayer 26 á las ocho de la mañana y me notificó la brillante jornada de Tudela, por la que felicito á usted. El mariscal Ney en esta ocasión no ha hecho enteramente lo que yo quería. Habiendo llegado el 22 á mediodía á Soria, debí según las órdenes que había recibido hallarse en Agreda el 23 muy temprano, pero por haberse dejado engañar por los naturales y dado oídos á sus necesidades, creyendo bajo su palabra que le esperaban lo menos ochenta mil hombres de tropas de línea, ha temido comprometerse, y ha permanecido en Soria los días 23 y 24. Le he despachado orden de partir inmediatamente y de deponer todo recelo, y el 25 ha debido llegar á Agreda. Oyó los disparos de su artillería de usted el 23 y 24, y se figuró que había usted sido batido sin tener para ello el menor fundamento racional. Después le he enviado orden de perseguir á Castaños sin descanso. Estoy ahora reuniendo el cuerpo del mariscal Víctor que había enviado hacia Aragón, con objeto de poder finalmente marchar sobre Madrid.»

velocidad como ímpetu á las reliquias del ejército de Castaños, que desordenadamente iban huyendo la vuelta de Calatayud. Lannes permaneció enfermo en Tudela, ofreciendo, no obstante, á Napoleón que volvería á montar á caballo antes de restablecerse si en algún punto era preciso hacer rostro á los ingleses y repelerlos á la mar. ¡Pluguiese al cielo en verdad que hubiera Napoleón confiado á tan brillante jefe el encargo de perseguir á esos formidables enemigos del imperio!

Por causa de los continuos entorpecimientos de las comunicaciones, no recibió Napoleón hasta el 26 la noticia del bizarro comportamiento de Lannes en Tudela, de la dispersión de los ejércitos españoles del centro y de la derecha y de la inexecución del movimiento que había prescrito al mariscal Ney. Estimaba á este mariscal como uno de los primeros guerreros de la época, y no atribuyó su falta sino á las ideas equivocadas que los generales franceses se formaban de la España y de los españoles; y aunque se había frustrado la brillante maniobra que había mandado verificar en Soria, no por eso dejó de considerar como aniquilados los ejércitos regulares de España y el camino de Madrid como libre y desembarazado para sus huestes. Los aragoneses de Palafox, en efecto, sólo eran capaces á lo sumo de defender á Zaragoza. Los andaluces conducidos por Castaños se retiraban sobre Calatayud en número de ocho ó nueve mil hombres, y no podían hacer más que aumentar la guarnición de Madrid, replegándose sobre la capital por Sigüenza y Guadalajara si les daba tiempo de hacerlo. El marqués de la Romana con seis ó siete mil fugitivos, desnudos de todo, se acercaban trabajosamente al reino de León por entre montañas cubiertas de nieve. Finalmente, en el camino de Madrid no quedaban más que los residuos del ejército de Extremadura, ya duramente escarmentado cerca de Burgos.

Sólo un obstáculo podía detener á Napoleón, que era el ejército inglés, acerca del cual recibía las noticias más vagas y contradictorias. Pero en realidad el ejército inglés no podía aún arriesgarse á tanto. Sir John Moore con sus dos principales columnas de infantería había llegado, cruzando el Norte de Portugal, á Salamanca con trece ó catorce mil hombres de infantería, extenuados con la larga marcha que acababan de hacer y muy trabajados por ciertas privaciones á que los soldados ingleses no estaban hechos. No llevaba este general consigo ni un caballo ni un solo cañón, pues su caballería y su artillería habían hecho el camino de Badajoz á Talavera escoltados por una división de infantería. Finalmente, sir David Baird, que había desembarcado en la Coruña con once ó doce mil hombres, adelantaba tímido y receloso hacia Astorga, separado aún de su general en jefe por una distancia de sesenta á setenta leguas. No sabían estas tres columnas cómo hacer para reunirse, y en su aislamiento no deseaban por cierto ni podían entrar en acción. Lo que á su alrededor observaban debía infundirles muy poco aliento; porque los castellanos viejos, en vez de recibirlos con entusiasmo, espantados con la rota de Blake y prontos ya á someterse á un mero escuadrón de caballería francesa, los recibían con frialdad y no querían facilitarles cosa alguna si no les presentaban por delante sus soberanos de oro y sus pesos de plata. En vista de esto, había escrito el prudente Moore á su gobierno para desengañarle acerca de la in-

surrección española y manifestarle los peligros de la empresa en que habían comprometido al ejército inglés.

Ignoraba Napoleón estas circunstancias, y sólo sabía que llegaban tropas inglesas por Portugal y Galicia; mas sin embargo, persistía en su plan de atraerlos tierra adentro con objeto de envolverlos por medio de alguna maniobra en grande, mientras el mariscal Soult y el general Junot, que quedaban á sus espaldas, los contuviesen por el frente. Para esto era Madrid el mejor centro de operaciones, porque desde allí podía operarse por la derecha sobre Portugal ó Galicia: motivo de más para encaminarse á la capital sin demora. Dió Napoleón sus órdenes con esta idea no bien tuvo noticia de la batalla de Tudela.

Mandó en primer lugar al mariscal Ney, á quien quería tener cerca para emplearle en las ocasiones dificultosas, especialmente contra los ingleses, que abandonase el asedio de Zaragoza, se encaminase á Madrid por la misma ruta que Castaños, y siguiese á éste el alcance sin descanso hasta que no le quedase un solo hombre. Mandó al general Maurice-Mathieu, que iba en persecución de Castaños con una parte de las tropas del mariscal Moncey, que se detuviese y restituyese al mariscal Moncey las tropas que le pertenecían para que este último pudiese volver á encargarse con todas sus divisiones de los trabajos del sitio de Zaragoza. Estimuló nuevamente al general Saint-Cyr, encargado de la guerra de Cataluña, para que acelerase las operaciones que habían de hacerle dueño de Barcelona y libertar del bloqueo á esta importante ciudad. Tomadas estas disposiciones sobre su izquierda, envió á las de su derecha las siguientes instrucciones. El mariscal Lefebvre, apostado en Carrión para unir el centro del ejército francés con el mariscal Soult, que era el encargado de sojuzgar á Asturias, debía seguir el movimiento general sobre Madrid y dirigirse con los dragones de Milhaud sobre Valladolid y Segovia para proteger la derecha del cuartel general. El general Junot, cuya primera división se aproximaba, debía acelerar su marcha para substituir al mariscal Lefebvre sobre la vertiente meridional de las montañas de Asturias, donde el mariscal Soult iba á presentarse de nuevo en breve después de sojuzgar el principado. Estos dos cuerpos, de los cuales el uno había ya en época anterior sometido á Castilla la Vieja bajo el mariscal Bessieres y el otro había conquistado el Portugal bajo Junot, estaban destinados, obrando de consuno bajo el mariscal Soult, á habérselas con los ingleses, primero en Castilla la Vieja y luego en Portugal, según las operaciones que contra una y otra tierra hubiera que emprender. Finalmente, como asomase ya por Bayona la cabeza del quinto cuerpo, procedente de Alemania el último, mandó Napoleón á su jefe el mariscal Mortier que fuese á ocupar en Burgos el puesto que iba á quedar vacante por la traslación del cuartel general á Madrid.

Dispuesto así todo en sus alas y espaldas, dirigióse Napoleón en derecha á Madrid. Llevaba sólo consigo el cuerpo del mariscal Víctor, la guardia imperial y parte de la reserva de caballería; es decir, mucho menos de cuarenta mil hombres: siempre más de lo que necesitaba contra el enemigo que tenía que vencer para abrirse paso á la capital de las Españas.

Después de haber encaminado al principio al maris-

cal Víctor por la izquierda del camino de Madrid con objeto de reforzar la retaguardia del mariscal Ney, volvió á traerle por Ayllón y Riaza sobre aquel mismo camino al punto donde éste empieza á subir para salvar el Guadarrama. Ya había enviado á Lasalle con la caballería ligera á la falda de esta sierra; después envió los dragones de Lahoussaye y de Latour Maubourg, y por último la guardia, cuyos fusileros conducidos por el general Savary que se había acostumbrado á mandarlos desde Polonia, avanzaron hasta Boceguillas para observar los restos del cuerpo del marqués de Belveder refugiados entre Sepúlveda y Segovia.

Finalmente, el 23 salió él de Burgos con dirección á Aranda.

Después de la rota de Burgos quedaba la capital indefensa; mas no creyendo la junta de Aranjuez, en su presuntuosa ignorancia, que pudiese aún Napoleón encaminarse á Madrid, se contentó con enviar á los desfiladeros del Guadarrama las fuerzas disponibles que allí había. Reuniéronse de este modo en lo más alto de la sierra, hacia la estrecha garganta que pone en comunicación sus dos vertientes, las reliquias del ejército de Extremadura y la parte que en Madrid quedaba de las divisiones de Andalucía; fuerza de unos doce á trece mil hombres puesta bajo el mando de un entendido y valiente oficial llamado D. Benito San Juan. Había éste establecido al otro lado del Guadarrama, á la misma falda de la vertiente que teníamos que tomar y un tanto á nuestra derecha en la villa de Sepúlveda, una vanguardia de tres mil hombres. Distribuyó en seguida los otros nueve mil en el puerto de Somosierra, ocupando el desfiladero por donde nosotros habíamos de pasar. Parte de su gente, apostada á derecha é izquierda del camino que subía formando numerosas sinuosidades, estaba destinada á detener á nuestros soldados con el doble fuego de fusilería; la demás interceptaba el camino hacia el paso más difícil del puerto con diez y seis cañones puestos en batería. Podía este obstáculo considerarse como uno de los más formales con que podíamos tropezar durante la guerra. Imaginábanse los españoles ser invencibles en la posición de Somosierra, y la misma junta libraba su seguridad en la resistencia allí preparada, de modo que no pensaba moverse de Aranjuez. Esperaba además que Castaños, á quien no quería en manera alguna tener por vencido, tendría lugar de acudir por la vía de Guadalajara á situarse á espaldas del Guadarrama, entre Somosierra y Madrid, y que los ingleses, por medio de un movimiento análogo al de Castaños, se apresurasen, unos por Ávila y otros por Talavera, á proteger la capital de España. Acabamos de ver qué fundamento había para que se abrigasen semejantes esperanzas.

Las órdenes dadas el 26 para la marcha sobre Madrid, quedaron enteramente cumplidas el 29, y este mismo día se trasladó Napoleón á la falda de la sierra estableciendo su cuartel general en Boceguillas. Había el general Savary prolongado sus reconocimientos hasta Sepúlveda, no para dispersar el cuerpo que allí se hallaba, sino para averiguar su fuerza y su intención. Después de haber cogido algunos prisioneros, se retiró por no tener instrucciones de pasar adelante, y sorprendidos los españoles de que se les hubiese dejado mantener el campo, enviaron á Madrid la noticia de haber conse-